



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

BAHIA MAHMUD AWAH

El sueño de volver

[Fragmento]

Edición impresa

Bahia Mahmud Awah, *El sueño de volver* (2012)

En

Bahia Mahmud Awah (2012) *El sueño de volver*. Madrid: Editorial CantArabia (pp. 87-111).

Edición digital

Bahia Mahmud Awah, *El sueño de volver*. Fragmento. (2015).

Conchi Moya (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Septiembre de 2015



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por la Josefina Bueno Alonso e Inmaculada Díaz Narbona.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



La huella de Hanafi Mohamed Chej Bahia Mahmud Awah

Sonaba la femenina voz de Paquita Burgos en el auricular de mi teléfono, tras unos minutos para explicarle quién era yo, cómo obtuve su contacto y cuál era el motivo de mi llamada. Después de mi presentación y el saludo, entablamos una amigable charla que se centró en la vida de Hanafi y sus andaduras de estudiante. Quería averiguar cuándo se conocieron, las circunstancias de su encuentro, pasajes de noviazgo y qué recuerdos guardaba aún de él y de aquellos jóvenes amigos saharauis que Paqui conoció a través de Hanafi. Para romper su formalidad en la conversación le propuse que nos tuteáramos como amigos y ella amablemente accedió.

Sabía que habían pasado más de tres décadas desde entonces pero le volví a insistir que mi propósito era investigar la vida de Hanafi y su generación, recomponiendo retazos de la historia de la mejor juventud que floreció en el Sahara. Después de la presentación sentí que había ganado la confianza de Paqui, que entendió mis razones para recuperar y dar a conocer las historias de quienes formaron parte de una generación mítica y referente de la reciente historia saharauí. Al principio creí que no le va a resultar fácil recordar acontecimientos al haber pasado tanto tiempo, pero resultó evidente que las huellas del primer amor nunca desaparecen, a pesar de lo que a veces creemos.

– Todo fue casualidad, era un 12 de julio de 1972, recuerdo que Hanafi llegaba a Jerez con un grupo de jóvenes saharauis venidos de Uad Edahab, como se conoce aún a la región de Villa Cisneros, cuando era provincia española. Aquellos chicos venían a pasar sus vacaciones en la península. Aún no se me ha olvidado cuando montaron su campamento de la OJE del Sahara en una barriada que se llamaba Federico Mayo, cerca del Colegio Menor. Hanafi venía con otros amigos de los que recuerdo a Bujari Ahmed y Mohamed Salem Hach, entre otros. El día en el que nos conocimos era el último de la acampada, que había durado una semana.

En este primer contacto con Paqui le conté que mis recuerdos personales de Hanafi eran de mi infancia, le conocí cuando yo tenía 13 años, en el verano de 1973, fue la primera y última vez que le vi; bajábamos por las escalerillas del avión en el aeropuerto de Valencia, éramos un grupo de niños que veníamos de Auserd, La Güera, Villa Cisneros y El Aaiún, él era estudiante y encargado de las vacaciones de la juventud saharauí en la península, y vino a recibirnos en el aeropuerto sobre las tres de la madrugada.

Paqui siguió comentándome que cuando se conocieron ella tenía 17 años y estudiaba un curso de secretariado de empresas. Él tenía 19 años y cursaba el bachiller en el Colegio Menor de Villa Cisneros, donde vivía su tío que era un cargo de las autoridades portuarias.

En el campamento no había instalaciones deportivas, ni duchas, así que iban a las instalaciones de un club donde podían asearse y hacer deporte.

– Yo era socia del club, y solía quedar con otras amigas y realizábamos allí muchas actividades recreativas y algunas a veces benéficas. El día que nos conocimos, al entrar en la sala principal lo primero que vieron mis ojos era a Hanafi jugando ping-pong con una amiga mía. También estaban otros chicos saharauis, charlando y riendo en grupo; me sorprendieron aquellos chicos morenos y guapos que no eran de allí. Al entrar dije “hola” y él me respondió con un hola muy acentuado, me agradó su voz y su mirada profunda. Él me preguntó por mi nombre y nos sentamos acompañados de mi amiga en la barra del bar del club, allí estuvimos hablando un buen rato, le hacía mucha gracia mi marcado acento andaluz, él que hablaba tan bien el español. El siguiente día el campamento regresaba al Sahara.

Me prometió que me escribiría y efectivamente antes de partir hacia el Sahara me envió desde el aeropuerto de Sevilla una postal y semanas más tarde me escribió varias cartas, en las que me contaba muchas cosas. Estaban escritas con un lenguaje muy culto y poético, me hablaba de la hermosura e inmensidad del desierto, que a veces recorría con su hermano mayor, El Fadel. No me cansaba de releer sus cartas y fijarme en los detalles y la riqueza de su ameno vocabulario y contemplar su bonita letra. Me escribió tantas cartas desde Villa Cisneros... recuerdo que me contaba que su familia vivía en un pequeño pueblo costero llamado El Argub, en el que no había correos ni teléfonos para comunicar con el exterior.

El 6 de septiembre del mismo año 1972 Hanafi regresó a verme a Jerez, vino a mi casa y esa vez le presenté a mis padres como un amigo. Los días que pasamos juntos salíamos, íbamos a la playa y nos reíamos mucho con las historias que me contaba. Le gustaba como cocinaba mi mamá, ella le preparaba sus platos preferidos, ya que no comía carne de cerdo por su cultura. El no comer la carne del “jalupo”, como él lo llamaba, nos causaba mucha risa y bromeábamos con él a la hora de servir las comidas. Fueron varios días que me cambiaron la vida, me sentía muy feliz con él. Observé que aquellos chicos rebotaban una peculiar energía y alegría que no era habitual entre los jóvenes de aquí.

El Colegio Mayor Nuestra Señora de África fue creado en junio de 1964, a propuesta del entonces ministro subsecretario de la Presidencia del Gobierno y del Ministerio de Educación en la época de Franco. Quedó adscrito a la Universidad Complutense, siendo considerado una fundación de Presidencia de Gobierno. Su primera sede se ubicó en la calle Obispo Trejo, en plena ciudad Universitaria de Madrid. Por allí pasaron varios estudiantes saharauis, la elite intelectual de aquella juventud “del 68 saharai”. El centro, durante sus primeros años, inició su labor de convivencia hispano-africana, pasando por él estudiantes de varias nacionalidades, principalmente africanos, y desde sus aulas se fomentó el interés por el estudio de África.

Por aquella época Hanafi ya estaba compaginando los estudios y su activismo político como uno de los principales activos del movimiento estudiantil. Omar Mansur, recordando aquellos años de activismo estudiantil, relataba los acontecimientos que lo condujeron a realizar varios viajes y muchos

contactos clandestinos en España y en el Sahara con grupos de estudiantes saharauis en Europa y África.

La idea del primer encuentro de estudiantes saharauis nació en Madrid, en septiembre de 1974 en el Colegio Nuestra Señora de África, en donde se creó y funcionó clandestinamente la primera célula que dirigía la Unión de Estudiantes Saharauis en España presidida por Omar Mansur. Formaban parte de esa cúpula de estudiantes Ahmed Salek Kaid Salah, Buyema Mesaud, Mohamed Salem Hach Embarec "Paquito", Buel-la Ahmed Zein, Al-la Sidahmed, Ahmed Fal Mohamed Yehdih, Hamdi Bueha y Brahim Ali Mojtar.

A Argel se habían trasladado otros estudiantes saharauis venidos de Mauritania y Francia, entre ellos Mhamed Jadad, que hacía de enlace entre estos grupos y Luali Mustafa. Mansur representaba a los que estudiaban en España, el Sahara y Francia. Para estos preparativos los estudiantes se trasladaron de Madrid a París; junto a Omar Mansur viajaron Hamdi Bueha y Ahmed Sidi. Los tres entraron en contacto con Malainin Sadik, Uld Salek, Busola, Zeruali, Nayem Chia, y Mohamed Sidati, todos ellos estudiantes en Francia. Omar Mansur desempeñó un destacado papel en estos encuentros:

– Acordamos vernos en París en Semana Santa en 1975 y de esa reunión quedamos en organizar un Congreso General en agosto ese mismo año en una parte del Sahara y salieron elegidos: yo como Secretario General y una ejecutiva formada por Hanafi Mohamed Chej, Uld Salek, Mhamed Jadad, Buel-la Ahmed Zein, Bachir Sgayer, Shbihenna Chej Lekbir, Mohamed Ali Moyan, Mohamed Salem Hach Embarec, Ahmed Sidi Abdel Hadi, Mohamed Salem Yacoub, Mohamed Sidati, Malainin Sadik y Hadrami Ducro.

Volviendo a sus estudios, en octubre de 1974 Hanafi se matriculaba en la Facultad de Biología de la Universidad Complutense de Madrid, pero la carrera no le gustaba, él venía del Sahara con la intención de estudiar Medicina. Paqui me contó que al llegar a Madrid le comunicaron que ya estaba cerrada la matrícula en Medicina. El contratiempo le causó un enorme disgusto, por lo que viajó a Cádiz para solicitar matrícula en la Facultad de Medicina y le informaron que no había posibilidad hasta el siguiente curso 75-76. Entonces decidió no perder aquel año y se matriculó en la Complutense, con el propósito de cambiarse a Medicina el siguiente curso.

– La última vez que estuvimos juntos fue el 15 y 16 abril de 1975, vine a visitarle en Madrid, cuando cursaba el primer año de carrera en la Complutense y residía en el Colegio Nuestra Señora de África junto a otros chicos saharauis de los que recuerdo a Bujari y Salec entre otros. Cuando me despidió en la estación de Atocha se escuchaba el pitido del tren, que estaba partiendo, recuerdo que se quedó parado en el andén mirándome, y yo desde la ventanilla no quería perderle de vista mientras el tren se alejaba. En aquel instante presentí que no volvería a verle nunca más.

Después de ese último encuentro viajé a Madrid un mes más tarde, sin avisarle para darle una sorpresa, iba conmigo una amiga. Pero cuando llegamos a la residencia, al preguntar por los estudiantes saharauis nos comunicaron que ya no estaban allí. No supieron explicarme por qué se

habían marchado. Perdí totalmente el contacto con él y no sabía cómo buscar noticias de todos ellos. En los medios oía hablar de la Marcha Verde y el abandono español a su provincia del Sahara, y aquello me suscitaba mucha inquietud sobre cómo se encontraría El Hanafi. En esa época yo no entendía nada de política, pero en las últimas cartas que me escribió me daba entender que las cosas marchaban mal allá. Comencé a preguntarme qué sería de él y sus amigos, dónde estarían, si me escribiría o no, y así me rondaban muchas cosas en la cabeza.

En esa época la situación en España tampoco estaba del todo bien, había mucha inestabilidad política. Durante un largo año Paqui llamaba casi todas las semanas a la residencia, preguntando si sabían algo de ellos, y siempre le contestaban escuetamente que ya no estaban allí. En el verano de ese año 1975 Paqui recibió una foto postal de Villa Cisneros con la leyenda “Sahara charca del desierto” en la que Hanafi le escribía un corto mensaje para informarle de que se encontraba de momento en la capital, El Aaiun.

Aaiun 14 de julio de 1975

Hola querida quilla:

He llegado aquí desde el día dos de éste pero no he tenido oportunidad de escribirte debido a las circunstancias y acontecimientos de estas dos últimas semanas que no son nada favorables a nadie ni a nada.

En cuanto pueda me iré a Villa Cisneros, ya te escribiré.

Abrazos, Hanafi.

Toda esa generación de estudiantes y jóvenes saharauis tanto en la península, las Canarias y el Sahara se encontraban movilizados durante los meses de mayo y junio de 1975, ante la precipitación de los acontecimientos que se estaban sucediendo. Hanafi y todos los estudiantes que militaban en el Polisario trabajaban para concienciar y agitar políticamente a la población saharai ante la inminente llegada de la comisión visitadora que Naciones Unidas enviaba para elaborar un informe al Consejo de Seguridad sobre la descolonización del Sahara y presenciar la vinculación de la población en torno a las fuerzas políticas llamadas a representar las aspiraciones de los saharauis. Los jóvenes desarrollaban su actividad en las tres ciudades más importantes del territorio, El Aaiun, Villa Cisneros y Smara. Hanafi diez días después de enviar una postal a su novia se encontraba en Villa Cisneros, desde donde le escribió su última carta en la que le relataba que las cosas iban a peor y le pedía que no se preocupara si no recibía nuevas cartas.

Paqui me contó que algunas cartas las escribió Hanafi estando en la casa de su amigo Salec Baba y aún se acordaba que en el remite aparecía la dirección Calle Lope de Vega nº 18 Villa Cisneros Sahara. Esa última vez le envió en el mismo sobre tres cartas muy personales, aunque también había lugar en ellas para mostrarle su preocupación por cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Villa Cisneros 25 - VII - 75

Querida Paqui,

Ante todo espero que cuando recibas ésta te hallarás del más alto grado de salud en unión de tus familiares y demás seres más queridos, quedándome yo, por aquí, y los míos en las ínfimas circunstancias.

Hace exactamente tres horas que he recibido tus dos cartas, ya que no he estado en Villa Cisneros, sino en un pueblo aislado completamente de cualquier comunicación, era por asuntos familiares. Decías que te encontrabas muy preocupada, cosa que no me extraña sino que me parece muy lógica debido a las circunstancias; digo lógica puesto que yo estaba en la misma situación y estoy aún, ya que llevaba bastante tiempo sin saber de ti, y estando en donde no se puede comunicar con nadie pues eso me pone en situaciones, suposiciones tan extremadas y no me extraña que a ti te ocurriera lo mismo.

Pero lo único que te pido es que no te extrañes ni te aterrorices si tardo en escribirte y que sepas que no es por conveniencia sino por dificultad de índole diversa. También quiero que sepas que lo que yo quiero y lo que me gustaría es estar comunicando contigo en cada instante, pero ya sé que todo va en función de las circunstancias.

[...] sin más, por el momento, da muchos recuerdos a tus padres y demás amigos.

Recibe un fuerte abrazo y muchos besos.

Hanafi M. Chej

Hanafi durante esos meses vería con sus propios ojos lo que no quería que conociera su novia, circunstancias extremadamente difíciles. Era el momento del mayor auge nacionalista que había conocido el Sahara, la gente lo llamaba en esa época nidal, algo así como el fervor revolucionario, todo estaba envuelto en la euforia de alcanzar la creación de un estado saharauí independiente, aunque asociado temporalmente a la metrópoli.

El verano de 1975 todos las ciudades saharauis se encontraban agitadas por las manifestaciones que reivindicaban a la metrópoli el cumplimiento de las resoluciones para la aplicación del referéndum de la independencia, ya exigido a España por la ONU desde 1963. Aún en esa fecha, verano de 1975, cuando España todavía permanecía en el territorio y Franco se enfrentaba a una larga agonía, el Polisario se movía en el territorio de manera casi clandestina.

Hanafi en sus últimas cartas intentaba dejarle claro a su novia que el contacto con ella estaba sujeto a cómo fueran evolucionando las circunstancias.

Quiero que sepas que me gustaría estar comunicando contigo en cada instante, pero yo sé que todo va en función de las circunstancias que pueden ir a favor o en contra, que al menos pueden permitir más o menos.

En esa carta Hanafi enviaba en el mismo sobre una pequeña nota de su amigo Ismail para Paqui donde le mandaba

[...] recuerdos de Salec, Ismail, Sidati y de todos los demás. Ismail te ha escrito junto con ésta que quiso aprovechar introduciéndola en mi carta.

En esa nota que Ismail enviaba a su amiga Paqui se percibía la preocupación y responsabilidad que invadía a ambos amigos.

¡Hola Paqui!,

espero que al recibir esta carta no te hayas enfadado por no haberte escrito otra aparte, quisiera que estés bien y que lo pases bien entre tus amigos. Las cosas como ves están cambiando, y esto es debido al ambiente en que se están desarrollando los reflejos de muchas circunstancias.

Un beso,

Ismail.

Pregunté a Paqui si en alguna ocasión durante aquellos años Hanafi le había hablado del Polisario o de sus ideales y me dijo que este tema nunca formó parte de la intimidad de la pareja. Calificaba a Hanafi como discreto para sus asuntos personales, cuando tardaba tiempo en escribirla lo justificaba por falta de tiempo o por problemas familiares, nunca lo relacionaba con motivos políticos.

En la conversación compartió conmigo una anécdota que le ocurrió a Hanafi y a un amigo suyo, con la que ella se quedó asombrada. Los dos jóvenes saharauis se alojaban en una pensión y esperaban un envío de la familia para prolongar la estancia, pero el dinero tardaba en llegar, entonces decidieron dejar la pensión porque cumplía el plazo de lo ya pagado, y esa misma noche tuvieron que dormir en la calle. Paqui recordaba que no quisieron que nadie se enterara, salvo un amigo del pueblo, a quien le pidieron que no se lo contara ni a ella ni a su familia. Más tarde, cuando se enteró, alguien le explicó a Paqui ese “orgullo” de los saharauis que de no saber pedir ni manifestar sus dificultades a nadie.

– Tardé mucho tiempo buscando información sobre él, hasta que a finales del año 1976 en Jerez me comentó una amiga que había conocido a un periodista de nombre Pablo, que iba a viajar al Sahara para un trabajo. Entonces ella le pidió que le buscara información sobre Hanafi. En ese mismo año me encontré con un saharai casado con una española y al saber que era de allá me acerqué a él y le pregunté si conocía a Hanafi, él me respondió que eran primos lejanos y me recomendó que contactara con una emisora saharai que emitía desde Argel y me dio la dirección para escribirles y preguntar por Hanafi. Ese chico fue quien me dijo que se había incorporado al Frente Polisario en los primeros meses de la guerra.

Tras contactar de nuevo con el periodista, mi amiga me vino a buscar. Me advirtió que me traía malas noticias, que Hanafi, según el periodista, había muerto en la guerra. Me invadió una enorme tristeza, intenté no creerlo. En la familia lo lloramos todos y rezamos por él en casa y con otros amigos y familiares. Guardé y conservé todas sus cartas y los recuerdos que me dejó en varias ocasiones, teníamos sus fotos colgadas en casa, lo sentíamos como si estuviera entre nosotros. Para mí Hanafi

fue una persona muy íntegra, con una fuerte personalidad, y a la vez era tierno, cercano, amigo de sus amigos y muy sensible.

Tras la huella de Hanafi recabé testimonios de su hermana Mgaili Mohamed Chej, su sobrino Mohamed Yeslem Beisat, su amigo Bujari Ahmed y Paqui Burgos; a través de ellos descubrí la trágica historia de su familia.

Su padre, Mohamed Chej uld Maatala, murió en el año Am Tegal, también llamado Am Elhuma, que según el calendario oral saharauí vendría a ser 1957, junto a la más pequeña de sus tres hijas, Naguha, a raíz de las radiaciones de un ensayo nuclear realizado por los franceses en Irigan, sur de Argelia.

La gente que nomadeaba en el noreste del Sahara, en las fronteras con Argelia, no sabía del por qué de aquella fiebre que mataba a humanos y a muchos animales. Encontraban gacelas muertas o moribundas, entonces decidieron buscar las causas. Explicaban que esos animales no tenían relación alguna con los humanos por la que pudieran haber sido contagiados de enfermedades comunes. Siempre entre los nómadas ha habido gente sabia y descubrieron que las causas de aquella rara fiebre eran producidas por un ensayo nuclear realizado por los franceses, pronto lo relacionaron con una inhabitual detonación que les había aterrorizado tiempo atrás. La noticia empezó a correr de boca en boca. La fiebre causó la muerte de mucha gente y obligó a los beduinos a desplazarse hacia el sur saharauí, alejándose de las fronteras con el país vecino. Comprendieron que era la fiebre de la derrota francesa en Argelia, la furia colonial contra la revolución argelina que causó un millón y medio de víctimas.

Hanafi se quedó huérfano de padre con seis años. Además de su padre, su familia la integraban su madre El Mojtara mint Nafi uld Ahmed Laali, hija de un conocido erudito de Tiris, Nafi uld Ahmed Laali, fallecida en Afdair, región de Tiris. Hanafi sólo tuvo un hermano, El Fadel, y cuatro hermanas, Aichatu, Mariam que falleció en Auserd durante el asedio mauritano marroquí a la ciudad, Mgaili, que actualmente reside en España y Naguha, la más pequeña de todos los hermanos, fallecida junto a su padre Mohamed Chej por la fiebre nuclear en 1957 cuando era un bebé de semanas.

Mgaili vio a Hanafi por última vez cuando ella estudiaba en el campamento de Dajla a finales de 1976. Hanafi fue a visitarlos en el asentamiento de Uainet Belagraa, en lo que es actualmente la wilaya de Dajla en los campamentos de refugiados. Hanafi estaba acompañado por Mahyub Ali Embarec, conocido entre los saharauis como Lincon.

Mohamed Yeslem uld Beisat, actual ministro saharauí delegado para África, es sobrino de Hanafi. En muchas ocasiones durante mi trabajo de investigación busqué en Mohamed Yeslem memoria familiar sobre Hanafi, sabiendo que no lo pudo conocer en vida, aunque guardara muchos recuerdos de él.

– Hanafi ha sido siempre mi ídolo desde pequeño. Cuando de niño me incorporé al Polisario me preguntaron si tenía familiares, respondí que sí, que vine para estar con mi tío, *shij* Hanafi, pero me

comunicaron que había caído en la guerra. Lloré mucho y no sabía cómo reaccionar ni qué decir. Desde entonces llevo conmigo su foto para que la gente se acuerde de él, ya que desgraciadamente no tuvo hijos. Yo seré su hijo, quien siempre llevará su nombre. Hanafi fue una gran promesa que el destino quiso para otro fin, es una pena, y a mí me duele mucho que no tuviera hijos para recordarle.

Cuentan los compañeros de Hanafi que tras la protesta que realizaron en Madrid para exigir la puesta en libertad del grupo de estudiantes de Tenerife, a Hanafi le oyó un agente decirle “¡Fascistas!”, refiriéndose a los policías que les estaban tomando los datos por protagonizar esa huelga. El policía se le acercó a Hanafi y le espetó: “¿Qué, qué, qué has dicho?” Y Hanafi, seguro de su respuesta, le contestó: “fascistas en el buen sentido de la palabra”. La respuesta entre aquellos universitarios tardó mucho tiempo como motivo de bromas y comentarios entre ellos.

Siguiendo el camino de Hanafi y el grupo de estudiantes de los años 70, e impresionado por lo que estaba descubriendo, decidí un día visitar la residencia universitaria donde todos ellos se alojaron siendo estudiantes. Pretendía con ello encontrar algún escrito suyo o acceder a sus fichas de matriculación, a fin de recabar más información académica sobre su corta trayectoria como estudiante universitario en aquellos años, preludio de su inmediata incorporación a la lucha de liberación nacional.

En 2004 yo había estado invitado en la residencia a la presentación del libro *Suerte Mulana* de la escritora canaria Susy Alvarado, sin apenas saber entonces de la especial relación entre el centro y aquellos estudiantes. Homenajeábamos a ese grupo, sin ser conscientes de ello, festejando el nacimiento de un libro de vivencias y relatos de la vida de la autora en Villa Cisneros y El Aaiun, ciudades de procedencia de aquel primer grupo de jóvenes saharauis que accedían a las universidades españolas.

El día en que volví a la residencia como investigador, conmovido por profundos sentimientos, pensé que también existen otros caminos a seguir, otros senderos que condujeron y siguen guiando a los saharauis hacia los ideales de Hanafi, Buel-la y su generación. Ya con cita para el día siguiente, antes de salir del enorme y acogedor salón, me fijé detenidamente en varios cuadros que adornaban las paredes, donde la imaginación del artista es aún más evidente, un mosaico de colores de la cultura africana de un pintor que quiso manifestar su creación y admiración por la cultura de su mundo africano.

Reflexionando en la historia que allí duerme hace más de treinta años, me levanté de los cómodos sofás del salón, emocionado, y con mis manos rocé suavemente los cuadros colgados en la pared, como si rezara con la mano posada sobre la lápida de Hanafi, Buel-la o Ahmed Sidi. Susurré en hasania lentamente, casi sin darme cuenta, Alah igamad adamacum fi yana. Saqué mi cámara y tomé varias fotos de aquel salón que fue en otros años escenario de encuentros entre aquellos estudiantes. El lugar para mí sigue guardando el fresco olor de Hanafi y sus compañeros antes de partir detrás de ese anhelo que todos aún pretendemos. Salí de la residencia, emocionado y absorto en mis pensamientos, rezando por sus almas, que en paz descansen.

Bujari Ahmed, su gran amigo de infancia, había estudiado con Hanafi en El Argub, Villa Cisneros y en Madrid, donde fundaron junto con otros jóvenes la primera organización estudiantil saharauí en España en aquellos últimos años de la presencia española en el territorio. Bujari amablemente dejó constancia de quién era aquel “inquieto joven”, como lo definía.

– Vivimos juntos en Argub. Cursamos estudios de Bachiller en Villa Cisneros. Nos volvimos a reunir en Madrid a finales de 1974, cursando estudios universitarios. Éramos miembros de la rama estudiantil del Frente Polisario dentro del Colegio Mayor Universitario Nuestra Señora de África. Joven inquieto, lograba siempre imprimir entusiasmo y alegría a los momentos de gravedad. Estaba animado por una firme determinación y fe en la causa de independencia.

Hanafi decidió, como muchos otros universitarios, participar en la batalla militar tras la invasión de las tropas marroquíes. Nos vimos brevemente en Argel, a mediados de 1976, pocos meses antes de su caída en el campo de batalla. Me dio la impresión durante ese encuentro fugaz que había madurado muchísimo y percibí que su inquietud juvenil fue reemplazada por un alto sentido de responsabilidad y un alto grado de conciencia política que le hacían ver con claridad y afianzada serenidad totalmente nueva en él, el precio que había que consentir. Sentí enormemente su pérdida.

Estas elocuentes palabras de Bujari subrayan la personalidad y capacidad de Hanafi, un joven que se forjó en el fervor de una contienda nacional asumida con todas sus consecuencias.

Otro amigo de aquella generación que también conoció a Hanafi, es Hash Ahmed Barical-la, actual ministro saharauí delegado para Latinoamérica. El Hash debía tener recuerdos de él, puesto que eran de la misma región, Río de Oro, y al mismo tiempo Hanafi fue amigo de su hermano mayor Bujari.

– De Hanafi mis recuerdos son escasos... Era mayor y por tanto cuando yo estaba cursando 1º y 2º de bachillerato él estaría estudiando COU... Guardo de él la imagen de un chico alto, apuesto, más serio que el resto de sus compañeros, y al mismo tiempo más apegado a las costumbres de la gente del desierto por su procedencia. El había nacido en Tiris y en el sur se inició en los estudios. Para la jerga de la época, venía del mundo rural o del desierto, gente que tenía rasgos peculiares en comparación con los que se consideraban “cosmopolitas” por haber vivido todo el tiempo en Dajla o El Aaiún, como si fueran estos dos lugares algo más que simples poblados.

A través de varios testimonios que he recogido de amigos y ex discípulos de Hanafi me resulta evidente su naturaleza de joven de fuerte personalidad, arraigado en las tradiciones de su sociedad nómada pero abierto a las demás culturas. En su formación era un infalible autodidacta. La que fue su novia decía que en más de una ocasión le aconsejaba que leyera libros porque según él “leer es cultivarse y ser libre”. Esta concepción que tenía Hanafi deriva del proverbio saharauí *elelm nur wil yehl aar*, es decir el saber es un esplendor y la ignorancia es vergüenza.

Esa personalidad bien cultivada la encontramos en esta carta que escribió a Paqui en noviembre de 1972, sentado en la playa de su pueblo, El Argub. En ella queda patente su pasión por la naturaleza y el carácter humano que poseía, además de la proyección de sus pensamientos, vislumbrando con bastante aproximación el futuro que vendría.

Hoy en esta carta te voy a contar lo que hice en este día. Me levanté a las seis de la mañana, me acerqué la radio, cogí la emisora de Mauritania, estaban dando parte de noticias. Dejé la radio abierta y me levanté y cogí la novela que me regalaste, Carta de ayer, y me la estuve leyendo; ya eran las siete, empezó la radio con música hasania, dejé la novela y me puse a escuchar la radio. (...). Durante ese periodo de tiempo estuve acostado, pensando, me preguntarás en qué, pues te diré que en mucho, muchísimo, demasiado...

Luego me levanté, desayuné, salí fuera, estaba todo despejado, no pude soportar aquello con lo bonito que estaba y no poder compartirlo con alguien, volví a entrar y cogí la novela de nuevo y la estuve leyendo, y así estuve un largo rato hasta que me vino un amigo, nos fuimos en dirección al mercado como si fuera a comprar algo.

Pero yo no voy a comprar nada y a él no le pregunté, (...) nos fuimos a la playa, eran las once y media, el día era fuera de lo normal del buen tiempo que hacía. La playa estaba maravillosa, el agua estaba tranquila, limpia, clara, hacía un calor sin viento, sin molestia ninguna, cada vez, cada vez que sopla el mar me entra a mí una profunda inspiración. Ya me están dominando esos pasados pensamientos, el recuerdo de aquel día en la playa, (...) todo aquello se me ha caído como una tormenta, ya no podía concentrarme en nada, le dije al chico “vámonos de aquí”, me preguntó qué es lo que me pasa, me dijo también “desde que llegamos a la playa te noto un poco pensativo, triste”. Yo no sabía qué contestarle porque hay cosas que no pueden explicarse ni llegar a ser comprendidas por el común de las gentes. Sólo le dije “vámonos o me voy y te dejo aquí solo”. (...) Qué triste está esto. Qué vida más vacía. ¿Cómo acabará esto? ¿Cuándo esto deja de ser un sueño, un pensamiento, una ilusión?

Hanafi tuvo el mérito de hacer un esfuerzo inimaginable en el sentido de que se incorporó a la enseñanza ya mayor, y recuperó varios años, pudo cursar el bachillerato superior saltándose unos cursos para estar al nivel que se cursaba en el Colegio Menor de Villa Cisneros, y lo hizo de forma muy brillante.

Tras los acontecimientos de Zemla en junio de 1970, que tanta huella dejaron en la población saharauí, Hanafi había protagonizado junto con los demás estudiantes del Colegio Menor de Villa Cisneros la primera huelga estudiantil en la historia saharauí. Era el año 1971 y exigían mejoras en el reglamento interno que regía el centro. La huelga no tenía trasfondo político, pero la potencia colonizadora acababa de vivir la primera sublevación social en Zemla y a cualquier descontento las autoridades le daban connotación política.

Bucheraya Beyun, uno de sus amigos de infancia y condiscípulo, recordaba la participación de ambos en aquella la huelga.

– El gobernador de Villa Cisneros nunca imaginó que en el Sahara tuviera lugar una huelga estudiantil con tales demandas. La gravedad de la situación hizo que el propio gobernador, capitán Barbadillo, y el alcalde saharauí Suelim uld Ahmed Lebrahim que en paz descanse, vinieran para hablar con nosotros en el internado. El gobernador nos dirigió unas palabras que nunca hubiéramos

imaginado: “Muchos países de África se han independizado y no se han preparado para la independencia”.

Con aquellas palabras metieron en nuestro pensamiento lo que realmente se estaba gestando y al mismo tiempo sucedía cerca de nosotros, la libertad que estaban conquistando los otros pueblos africanos. Todos estos acontecimientos sucedieron a finales del año 1971, era Navidad, por lo que el centro cerraba unos días. Nos dieron vacaciones, pero a la vuelta nos expulsaron a Omar Mansur y a mí del internado por ser los instigadores para que los demás estudiantes secundaran la protesta.

La relación de Hanafi y Bucheraya continuó los años siguientes, ya en España. Se matricularon en 1974 en la Universidad Complutense de Madrid, Bucheraya estudiaba Empresariales en el campus de Somosaguas y Hanafi se matriculó en Biología en la Ciudad Universitaria, pero los dos compartían la misma residencia en Nuestra Señora de África, en la calle Obispo Trejo, antigua sede de la residencia.

Aquellos años de inicio en las universidades la situación en el territorio era muy tensa y los estudiantes ya militaban en las filas del Polisario. Juntos se afiliaron a la organización estudiantil saharauí con los otros tres compañeros que estudiaban Empresariales, Ozman Habib Kentauí, Ahmed Fal Mohamed Yehdih y Fadili Mohamed Ahmed.

Bucheraya y los otros estudiantes de Empresariales mantenían relaciones permanentes con los chicos que estudiaban en diferentes facultades de la Universidad Complutense de Madrid, como Salec Baba Hasana, Hanafi Mohamed Chej, Mohamed Ali Ahmed, Hamdi Bueha, Sidati Malainin, Ismail Ahmed Mohamed Ismail, Zeini Habib Kentauí, Mohamed Salem Bucheraya, Malainin Baggada, junto con otros jóvenes anteriores a este grupo como Bujari Ahmed Barical-la, uno de los primeros estudiantes saharauí que llegó hasta el último año de carrera en las universidades de la metrópoli.

Todo este grupo de universitarios estaban unidos en torno a la organización de estudiantes saharauí creada en Madrid el año 1974. El grupo realizaba periódicamente encuentros, sobre todo en los últimos años cuando los acontecimientos empezaron a exteriorizar la conciencia nacional afín a una descolonización del territorio. En ese periodo, conscientes del rumbo que estaba tomando la situación comenzaron a realizar contactos con embajadas y organizaciones para sensibilizarlos sobre el proceso de descolonización que España no acababa de acometer en el Sahara.

No faltaron anécdotas en aquellos años, como la ocurrida a Mohamed Fadel “el Japonés”, uno de los jóvenes que estudiaban en Tenerife. Recogió un paquete que contenía algunas publicaciones del Polisario, como la revista 20 de mayo, e información para hacerla llegar a los universitarios de Madrid, pero resultó que el Japonés al bajar del avión en Madrid se olvidó del paquete en el asiento del avión.

Cuando volvió a reclamarlo en Iberia le dijeron que el paquete se lo habían entregado a la policía. Y días después caían presos los primeros estudiantes en las Islas Canarias, a raíz del extravío del paquete y las informaciones que contenía con nombres y direcciones. El hecho suscitó cierta inestabilidad y temor entre todos los estudiantes de Madrid por lo que decidieron tomar precauciones.

Escondieron toda la documentación tenían, desde libros del mítico revolucionario Ernesto Che Guevara, hasta artículos sobre la emancipación de los países recién independizados en África y las revoluciones en Latinoamérica.

Ante tal situación los estudiantes de Madrid, entre ellos Hanafi, procedieron a convocar una reunión dentro de la Complutense y adoptar una serie de orientaciones. Bucheraya Beyun aún retiene en su memoria un memorando que remitieron a la Dirección General del Gobierno.

En él exigían la puesta en libertad de los estudiantes que fueron encarcelados en Tenerife; pedían la concesión de becas en la academia militar de Zaragoza, que estaba prohibida para los saharauis; solicitaban becas en las facultades de Ciencias Políticas y Periodismo, ya que la metrópoli les tenía vetadas esas carreras; reclamaban becas para estudiar en universidades fuera de España en árabe y otras lenguas. Si no se cumplían esas exigencias todos los universitarios saharauis en la península volverían al Sahara, hecho que no convenía a la política de la metrópoli hacia su colonia.

El mismo día que presentaron el documento esperaron la respuesta durante dos horas en una sala en la sede del gobierno de Madrid. El funcionario que traía los documentos con las respuestas a sus demandas las leyó de forma jerárquica y autoritaria. Se les respondió que la justicia española era la que ponía en libertad a los presos cuando lo consideraba oportuno; que el Ministerio de Educación y Ciencia era quien tenía la facultad de conceder becas cómo y cuándo lo estimara conveniente; que el Ministerio era el que tenía la competencia de dar o no dar estudios en países árabes. Finalizaba invitándoles a volver al Sahara cuando quisieran.

Faltaban pocos meses para que se firmaran los Acuerdos Tripartitos de Madrid, pero ya se empezaban a vislumbrar sus consecuencias, España tenía claro el destino del Sahara, repartirlo entre Marruecos y Mauritania. Así lo entendieron aquellos estudiantes y todos de forma organizada fueron abandonando la metrópoli e incorporándose en la infraestructura interna del Polisario en las diferentes ciudades saharauis, cuando faltaban pocos meses para que se desencadenara todo el proceso de liberación nacional en el que muchos de ellos dejaron su vida como Hanafi, Buel-la, Ahmed Sidi y muchos otros.

El 31 de octubre el territorio era acosado desde el norte por unos 350.000 marroquíes, que portaban la bandera estadounidense y el libro del Corán, la trágica “Marcha Verde”, prelude de la invasión del ejército marroquí que abriría además paso a su aliado mauritano en el sur del territorio, en la llamada estrategia de defensa común.

Aquellos estudiantes presajaron un escenario en el que venían creciendo vertiginosamente y preparándose para la culminación de su ideal de ver un Sahara soberano y libre. Eran conscientes del alto precio que tendrían que pagar al implicarse en una contienda nacional para la liberación del territorio. No pudieron terminar sus estudios en aquellos años, contagiados de la fiebre de independencia que inflamaba el continente africano, de la que el Sahara no estaba exento. Su activo trabajo como parte de ese movimiento de estudiantes truncó sus primeros años de carrera, por lo que muchos no pudieron terminarla, a excepción de Bujari Ahmed Barical-la, que estaba en su último año, y

otros que decidieron quedarse en España hasta que finalizaron más tarde. Se planteaba ante ellos una disyuntiva, la liberación del Sahara o la continuidad de sus estudios.

Hanafi, hablaba a su novia de esta preocupación al responder una carta en la que ella le preguntaba por la universidad; él confesaba que les había “ido muy negativo” y que esperaban recuperar algunos exámenes en septiembre.

Mulay Lejlifa y su hermano Bulahi fueron sus compañeros en Dajla, antiguo Villa Cisneros. Me sorprendió como Mulay guardaba en su memoria, aún impregnada de aquel espíritu estudiantil, pasajes de aquel escenario que su generación tuvo que protagonizar.

– Aquel grupo de universitarios coincidió con el levantamiento de la conciencia nacional en todas las ciudades, tanto los que estudiaban en Madrid como los de Málaga, Córdoba, Cádiz y las Islas Canarias. Su preparación y nivel eran enormemente suficientes para asumir y desempeñar un histórico rol en todo aquel proceso que abarcaba muchos ideales. Agradezco tu disposición de contar conmigo para esta andadura cultural, que en nuestro caso, es de nuevo tipo. Hago votos para que sea coronada con el éxito, Hanafi se lo merece y lo necesita.

Bulahi Lejlifa rindió un homenaje póstumo a su amigo bautizando a su hijo con el nombre de Hanafi, un gesto de mucha relevancia y consideración en la sociedad saharauí hacia la personalidad de un entrañable amigo o familiar. Mulay me habló conmovido y centrado en la historia de aquel grupo de estudiantes que ayudaron a despertar la conciencia nacional saharauí y se mostró agradecido al saber de mis intenciones de desempolvar hermosas páginas de esa faceta oculta de nuestra historia. Omar Mansur amigo que militó con Hanafi en el movimiento estudiantil y dentro del Polisario lo recuerda así.

– Hanafi era un joven tradicional, originario de Auserd, nacionalista e introvertido.

En mi regresión a esta hermosa historia de Hanafi y a aquella espléndida juventud “del 68 saharauí” me llamó la atención la indestructible amistad que había entre todos ellos. Se habían separado por las circunstancias, algunos abrazaron el fusil en las filas de los primeros guerrilleros del Polisario y otros desarrollaron su labor convertidos en expertos diplomáticos. Otros anduvieron por universidades europeas y árabes a fin de poder concluir sus estudios.

En el año 1990 Paqui recibió una carta de un joven saharauí residente en Roma, era de aquel grupo de estudiantes que estuvieron en el campamento de la OJE saharauí en Jerez en el verano de 1972, cuando ella conoció a Hanafi. En la carta, fechada el 20 de agosto de 1990, ese joven de nombre Fadel le escribía informándole de quién era y le pedía fotos de aquellos antiguos compañeros.

Me permito hacerte revivir unos bellos momentos hace diecinueve años. Yo fui uno de los que pasaron por allí, no me conociste, pero un golpe nostálgico tengo yo también.

¡Ojala! siempre tengamos agradables momentos que recordar. Me dijeron que tienes más fotos de mi gente, que es la tuya, ¿puedes hacerme una copia? Si la respuesta es positiva me la envías a esta dirección.

Fadel Ali.

Roma. Italia. Un abrazo.

Fadel

En la primavera del 2008 me encontraba centrado en los trabajos de este libro, evocaciones y homenaje al Sahara y su gente, cuando recibí la invitación de un grupo de estudiantes universitarios de la Complutense de Madrid. Me pedían que les hablara sobre la situación del pueblo saharauí y su cultura. El grupo formaba parte de la Columna de los Mil para visitar los campamentos de refugiados saharauíes y manifestarse frente al muro que divide el territorio. Acepté la propuesta.

Al término de mi conferencia recordé que en la misma universidad estuvieron cursando sus carreras aquellos primeros universitarios saharauíes en la época de la metrópoli. Señalé que muchos de ellos cayeron en la guerra siendo extraordinarios dirigentes y otros aún luchan por el mismo ideal. Y les propuse que, como homenaje a esa parte de la historia de la juventud saharauí, llamaran a su viaje "Expedición universitaria Hanafi Mohamed Chej. UCM, 2008".

Todos aceptaron mi sugerencia de homenajear a aquel fresco referente que defendió y cayó por el ideal de todo joven, la paz y la libertad. Y debo confesar que aquel gesto llegó a lo más profundo de mi corazón porque sentí que con esa historia Hanafi resucitaba para estar presente entre miles de estudiantes del campus que dejó hace más de tres décadas por un Sahara libre.

La memoria atisba

Solamente escucho tu silencio
y en tu ausencia
quiero decir:
dejad que en los fraternos sentidos
fecunde su presencia;
dejad que entre sus labios
acoja la memoria;
dejad que los indiferentes agonicen,
que no queden en el recuerdo
sus nombres.

Dejad que su alma perenne cruce
los siete cielos
y gane el trono de un semejante
a David,
así me lo contó mi madre.

No dejéis que el brío de unos ojos
ni el brillo de la historia
se apaguen por efímeros
e indiferentes tiempos.

No os resignéis a que la memoria
deshoje hermosos pasajes
de libros quebrantados
entre aquel lejano ayer
y este presente de hoy.

Amigos,
los silentes tiempos ahondaron
la longeva leyenda de Hanafi.
Gandhi dijo contra el olvido:
“Una rosa no necesita hablar;
simplemente esparce su fragancia”